

EL MISTERIO DE LA CALABAZA PARLANTE

Un relato protagonizado por el inimitable inspector Jean Pierre Gascón y su inefable ayudante Gervaux Chinchón.

–Por aquí, vengan, tengan cuidado con las escaleras –señaló el viejo encargado de Maison le Châteaux, mientras advertía a sus acompañantes sobre los escalones resbaladizos que conducían al oscuro y lúgubre sótano del castillo.

Detrás del renqueante mayordomo se apelotonaban los encargados de la investigación, el inspector Gascón de la Policía Metropolitana de París y su ayudante Gervaux, los cuales intentaban ocultar su miedo a aquel tipo de lugares siniestros mediante muestras de falsa cortesía.

–Usted primero, mi querido Gervaux –se inclinó caballerosamente el inspector, un tipo alto y delgado con un fino bigote negro con la cabeza cubierta por un *beret*¹ de color azul.

–¡Oh, no, señor inspector! Usted primero, faltaría más –respondió Gervaux inclinándose aún más, con una sonrisa maliciosa en sus labios.

Al ver que no le quedaba otra opción ante la insistencia de su ayudante, Gascón lanzó un gruñido y pasó por delante del gordinflón Gervaux, el cual se acarició su grueso mostacho rubio en señal de triunfo. El inspector recorrió los pasos del anciano, que iluminaba el camino con una vieja lámpara de aceite, como si estuviesen aún en la época de la Revolución Francesa. Precisamente el edificio donde se encontraban había sido en aquellos tiempos el hogar de una de las numerosas familias nobles que terminaron sus días con las cabezas cercenadas por las frías cuchillas de la Guillotina.

–¿Está usted temblando tal vez, inspector? –se burló Gervaux de su jefe al verle tiritar de miedo mientras bajaban las escaleras.

–Amigo Gervaux, si mi cuerpo presenta ligeras oscilaciones musculares no es por otra causa sino por el aire fresco y el ambiente húmedo que condicionan este lugar. No crea que la simple oscuridad puede afectar mi templado espíritu y mi férrea voluntad –dijo altaneramente Gascón.

Nada más pronunciar su altivo discurso, un pequeño ratoncillo asomó su cabecita para curiosear con sus ojos ambarinos en un hueco de la pared, justo a los pies del inspector. La sorpresa ante la inesperada aparición del roedor arrancó un grito de la garganta de Gascón, el cual dio un pequeño traspiés que le hizo resbalar y caer escaleras abajo, terminando con sus huesos en el duro suelo de la bodega.

–¿Se encuentra bien, señor? –preguntó el anciano encargado–. Hay que tener cuidado con esos pequeños diablillos, nunca se sabe cuando te los puedes encontrar.

–Vaya, señor inspector, esa si que es forma de entrar de lleno en el asunto. Espero que tanto su espíritu como su voluntad no hayan sido dañados –Gervaux se llevó las manos a la boca para aguantarse la risa.

El inspector Gascón se levantó del suelo algo magullado, aunque lo único que había sufrido severas heridas era su orgullo. Tras lanzar una furibunda mirada al burlón de su ayudante, procedió a sacudirse el polvo de sus ropajes y a ajustarse sobre su cabeza la boina azul. Una vez recuperada parte de su dignidad, el inspector instó al anciano encargado de Maison le Châteaux para que continuara. Mientras avanzaban entre viejas estanterías, enormes barriles de vino y paredes cubiertas de densas telarañas, Gascón instó a su ayudante a que hablara.

¹ Boina típica francesa.

–Ilústreme con su sabiduría, mi fiel Gervaux –el inspector intentó mostrarse indiferente al hablar–. Recuérdeme porqué nuestros servicios han sido requeridos en este lugar.

–Señor inspector, como usted bien sabe ya –Gervaux conocía sobradamente la mala costumbre de Gascón de no leerse ninguno de los informes, por lo que no tenía ninguna idea de porqué estaban allí, y esa era la auténtica razón de su comentario– al parecer existe una presencia en esta mansión que perturba la pacífica existencia de sus moradores. Los clientes comenzaron a quejarse la pasada noche de Halloween, algunos han interpuesto denuncias en comisaría por sentirse maltratados en su estancia aquí. Tras el reciente fallecimiento de *monsieur* DeFaux, el propietario de este castillo reconvertido en hotel desde hace generaciones, gritos siniestros reverberan a través de sus gruesos muros, acompañados de extrañas apariciones espectrales que recorren durante la noche sus extensos corredores. Y además está ella.

–¿Ella? –preguntó asustado Gascón, el cual intentaba silenciar a duras penas el castañeteo de sus dientes producido por las palabras de Gervaux, pronunciadas adrede en un leve susurro para así asustar a su jefe, efecto que evidentemente fue logrado al instante.

–¡Miren, está aquí! –dijo el anciano custodio de la mansión, deteniéndose en su recorrido y levantando el brazo de la lámpara bien alto para alumbrar mejor–. ¿La ven?

La temblorosa luz mostraba a los ojos de los dos agentes de policía la malévola sonrisa desdentada de una calabaza de Halloween, ubicada justo en lo alto de un inmenso tonel de madera. La calabaza poseía unos enormes ojos luminosos que enfocaban ferozmente a los tres hombres, y toda ella desprendía una siniestra fluorescencia que resaltaba su malignidad.

–¿Qué hacéis aquí, miserables ratas? –pronunció una voz horrible y cruel que surgió repentinamente de la calabaza siniestra–. ¡Iros de aquí o moriréis!

Nada más pronunciar aquella sentencia, una serie de efectos extraños tuvieron lugar en aquel sótano oscuro. Un montón de barriles apilados comenzaron a desplomarse con ruidoso estruendo, desparramándose por todos los rincones. Las puertas de uno de los armarios se abrieron de repente, vomitando una ruidosa lluvia de cucharones, platos y cacerolas metálicas que retumbó por todas partes. Una fuerza invisible pareció empujar al viejo mayordomo, obligándole a soltar la lámpara, la cual chocó estrepitosamente contra el polvoriento suelo, apagándose su llama y sumiendo el sótano en aterradoras tinieblas. Al mismo tiempo llegaron a los oídos de todos una serie de gritos y aullidos espeluznantes, como si los fantasmas de los que en su día fueron guillotinado hubiesen retornado del mundo de los muertos para angustiar a los vivos. Y además, para acentuar la sensación de encontrarse al borde del abismo infernal, un olor a azufre comenzó a flotar sobre el ambiente, más fuerte que la pestilencia del moho o el aroma del vino agrio de las barricas.

El inspector Gascón y Gervaux no se lo pensaron dos veces, y tras unirse en un fuerte abrazo fruto del miedo atroz que los devoraba, a continuación utilizaron la vieja técnica de la “retirada estratégica” y corrieron velozmente en la oscuridad con el único deseo de alejarse de aquel sótano fantasmagórico.

–¡Gervaux, no empuje! –grito casi histérico Gascón, mientras tropezaba con casi todos los objetos que habían en el lugar.

–¡Es usted, señor inspector, que es más lento que un *escargot*²! –dijo su ayudante, mientras su gran corpachón quedaba enquistado junto al de su jefe en el estrecho marco de la puerta de entrada al sótano.

² En francés, caracol.

–¡*Mon dieu!* Le dije que debía hacer dieta, mire lo que pasa por no hacerme caso.

–Pero si es usted, jefe, quien quiere ir a todos los sitios en coche para no tener que caminar –contestó Gervaux.

–Deje de llevarme la contraria y empuje con todas sus fuerzas, *éléphant*³.

–Pues haga usted también algo, señor inspector, o nos quedaremos atrapados aquí con todos estos fantasmas.

Al mencionar la palabra mágica, Gascón hizo acopio de sus escasas fuerzas y dio un fuerte empujón hacia adelante, lo que unido al propio esfuerzo de Gervaux hizo que salieran del marco de la puerta disparados hacia delante, rodando ambos por el suelo antes de caer espatarrados en posiciones deshonorosas.

–Gordo patán, quítame su pie de la boca –dijo Gascón, intentando retirar la suela del número 50 de Gervaux que se había incrustado entre sus dientes.

–Lo haré gustosamente, siempre que usted quite su codo de mi estómago, querido inspector –contestó Gervaux.

Mientras ambos se ponían en pie para recuperar la compostura, el viejo mayordomo apareció por el umbral y cerró la puerta del sótano con una llave de hierro oxidada, y se la metió en el bolsillo. Luego condujo a los dos agentes hasta el antiguo despacho del fallecido Monsieur DeFaux, desde donde llamó a gritos a la vieja ama de llaves de Maison le Châteaux, una mujer casi tan mayor como él que vestía un atuendo negro de lo más anticuado. Tras ordenarle que trajera un poco de vino para que los agentes se recuperasen del susto, el anciano la despidió y procedió a conversar con los policías acerca del suceso del sótano.

–¿Y bien, que les ha parecido esa calabaza del infierno, y los misteriosos eventos que la rodean? No pueden negar que esta casa está encantada.

–Mi querido amigo, ahora mismo nos vamos a comisaría a contarle esto a nuestro superior. Mañana a primera hora un ejército de agentes asaltarán esta ruinoso vivienda y limpiarán todo rastro de fantasmas –contestó el inspector Gascón, bebiéndose rápidamente su copa de vino.

–Pero jefe, el comisario no nos creará, pensará que estamos locos si le hablamos de fantasmas y calabazas que hablan –Gervaux omitió la expresión “como siempre” al hacer el comentario, pues ambos agentes eran conocidos en toda París por ser un par de desastres ambulantes, la “vergüenza del cuerpo” según palabras del propio comisario.

–Inspector Gascón, creo que su ayudante tiene razón –intervino el anciano–. Lo mejor es no decir nada a sus superiores y dejar en paz a la calabaza viviente. Tal vez cuando pasen estos días de la festividad de Todos los Santos la cosa se calme un poco y todo el lugar vuelva a su paz y tranquilidad habitual. Ahora les dejó un rato para que descansen tranquilamente, aquí estarán bien.

Una vez que el encargado se marchó de la estancia, Gervaux observó con estupor como su jefe se tomaba un par de lingotazos más de la botella, hasta casi vaciarla.

–¡Señor inspector, esto es intolerable! –dijo indignado Gervaux.

–No se preocupe, amigo Gervaux, le dejaré conducir a la vuelta –sonrió Gascón antes de servirse otra copa–. Es que este vinillo que guardaba en su bodega el tal DeFaux está muy bueno. ¡Menudo bribón estaría hecho!

–No, si a mí me da igual que usted beba o no. ¡Pero diablos, déjeme probar un poco! –dijo Gervaux, arrojándose súbitamente sobre la botella.

–¡*Merde alors*⁴! –maldijo Gascón a su ayudante–. Búsqese otra botella para usted solo, esta es mía.

³ Elefante

⁴ Maldita sea.

–No sea avaricioso y suéltela de una vez, ya sabe el dicho ese de “compartir es vivir” –Gervaux tiraba de la botella con todas sus fuerzas, mientras el inspector Gascón se resistía con las suyas en un tenso forcejeo.

–He dicho que la suelte, foca grasienta.

–Usted primero, que ha bebido más que yo.

Ambos comenzaron una de sus frecuentes trifulcas, puesto que Gascón y Gervaux solían discutir por casi todo, ya fuese por un caso entre manos, por quien de los dos era mejor en algo, por quien de ambos tenía razón en alguna opinión, o por supuesto cuando aparecía alguna hermosa mujer. Pero siempre que el enfrentamiento llegaba a las manos, como en aquella ocasión, era la fuerza de Gervaux quien determinaba el ganador de la pelea, puesto que el enclenque inspector no era rival en aquel terreno (y dicho sea de paso, ni en ningún otro).

Y así, tras un intenso tira y afloja, Gervaux le arrebató la botella de vino a su jefe, con tan mala suerte que el frasco voló por los aires debido al intenso tirón, yendo a parar sobre un montón de libros y papeles colocados sobre la mesa de caoba del despacho.

–Mire lo que ha hecho, Gervaux, lo ha puesto todo perdido –increpó Gascón.

–Ha sido por su culpa, testarudo –contestó el ayudante, que inmediatamente se puso a limpiar la mesa y los documentos.

Sin embargo Gervaux se puso rígido de repente, al observar algo que le llamó la atención en aquellos papeles ahora manchados de vino.

–Mire, señor inspector, esto parece un testamento. Y esto otro, un plano antiguo de toda la propiedad de Maison le Châteaux. ¡Fíjese en la sección del sótano!

–Ummm, veamos a ver –dijo pensativo Gascón, acariciando su fino bigote.

Tras unos minutos observando los documentos, dándole vueltas y más vueltas, contemplándolos por todos los ángulos y tras realizar un examen de lo más concienzudo, Gascón los devolvió a su ayudante mientras comenzaba a caminar de un rincón a otro del despacho en actitud reflexiva. Gervaux se echó las manos a la cara, pues sabía lo que ahora venía a continuación: el inspector iba a exponer alguna de sus teorías descabelladas que siempre le pasaban por la cabeza y por las que era “famoso” entre los policías de París.

–Creo que he resuelto este misterioso caso gracias a mi ingenio superior y mi talento natural, mi querido Gervaux.

–Ilústreme, inspector –dijo en tono aburrido Gervaux.

–El caso está claro. DeFaux, el propietario de Maison le Châteaux, fallece por causas naturales. Sin embargo, su maligno espectro resucita la noche de todos los santos gracias a la maldición que pesa sobre su familia por haberse hecho propietaria de esta mansión sin ser de verdad sus dueños. Puesto que los miembros de la familia original fueron todos pasados por la guillotina, el fantasma de DeFaux se aparece como una cabeza de Halloween, es decir, una calabaza parlante. Así que para extirpar la maldición que pesa sobre esta casa, primero hay que desenterrar el cuerpo de DeFaux y cortarle la cabeza, luego rociar la tumba con agua bendita y por último conseguir que un sacerdote extienda sus bendiciones sagradas sobre Maison le Châteaux. ¿Qué le ha parecido, Gervaux? Veo que se ha quedado sin palabras gracias a la magnitud de mis elucubraciones, algo a lo que ya debería estar acostumbrado.

Gervaux se había quedado mudo de asombro, en efecto, al mismo tiempo que su rostro enrojecía de ira debido a la sarta de memeces que acababa de exhalar el inepto de Gascón. ¿Cómo era posible que aquel hombre fuese inspector del honroso cuerpo de policía de la capital de Francia?

–¡Inspector Gascón! –exhortó furibundo Gervaux–. ¿Es que acaso no se ha dado cuenta? El testamento de DeFaux muestra que no tenía herederos, por lo que Maison le

Châteaux pasaría a ser, según la Ley de Patrimonio Histórico de Francia, propiedad del Gobierno francés, siempre y cuando no le diese un uso comercial. Es decir, la mansión dejaría de ser un hotel para convertirse en un museo o biblioteca. Y mire, aquí en el plano original puede verse que hay un acceso secreto al sótano desde el cobertizo del jardín, no solo la puerta por la que entramos. ¿Entiende lo que quiero decir?

–Claro, Gervaux, que el fantasma calabacino de DeFaux, conocedor del pasadizo, puede asustar a cualquier cliente del hotel hasta que la maldición quede rota para siempre.

–¡Inspector, no existe ningún fantasma ni ninguna maldición! –vociferó Gervaux totalmente ruborizado por la vergüenza ajena–. ¿Cómo es posible que no lo vea, quiere que le acerque los documentos?

Gervaux, harto de la estupidez de su jefe, le lanzó los documentos a la cabeza para ver si así espabilaba, pero Gascón lo vio venir y esquivó ágilmente el lanzamiento, por lo que los libros y papeles pasaron por encima de su cabeza mientras se agachaba. Sin embargo este movimiento pilló por sorpresa a alguien que estaba escondido detrás de la puerta, y que de tanto en tanto había estado asomando la cabeza para espiar la conversación de los agentes.

–¡Ay! –gritó de dolor el espía al impactar los objetos en su desgarbada nariz.

–Pero si es el anciano mayordomo –dijo sorprendido Gascón.

–¡Pues claro, si es lo que estaba intentando decirle! –se desesperó Gervaux–. Si convierten Maison le Châteaux en un museo, prescindirán de los servicios del mayordomo. Él ha urdido la estratagema del fantasma del sótano, para asustar a los funcionarios y evitar que el gobierno se quede con la propiedad, por lo que él se convertirá en el dueño a efectos prácticos.

–¿Y por qué no lo ha dicho antes, Gervaux? Es que usted nunca habla claro, *mon ami*.

–Déjelo, inspector, y corra que se nos escapa el viejo –Gervaux puso los ojos en blanco, conteniendo las ganas de estrangular al lerdito inspector.

Mientras corrían en pos del renqueante mayordomo, al cual le iban ganando terreno poco a poco, Gascón comentó una ocurrencia con su ayudante.

–Pero Gervaux, ¿cómo es posible que los sucesos fantásticos del sótano los haya provocado este anciano, si nosotros estábamos junto a él mientras ocurrían? Es imposible.

Su ayudante iba a contestar cuando de repente una sartén surgida de la nada golpeó con fuerza la cabeza del inspector provocando un sonido metálico, y causando al agente un grandísimo chichón en la zona dañada. Mientras Gascón rodaba sobre sí mismo dando vueltas como una peonza y admirando estrellas imaginarias que revoloteaban sobre su boina, Gervaux vio a la persona que había golpeado a su jefe. ¡Era la anciana ama de llaves!

–Así que tú eres la compinche del viejo, la que entraba por el pasadizo secreto y provocaba los efectos teatrales del sótano. Pues también tendrás tu merecido, bruja. ¡*En garde, madame!* –dijo Gervaux, mientras cogió lo primero que tenía a mano para defenderse, que resultó ser un florero.

El ama de llaves y el agente se enzarzaron en un feroz combate, sartén contra jarrón, metal contra cerámica, golpeando y fintando, hasta que la mujer hizo añicos el florero con un poderoso sartenazo, dejando al pobre Gervaux sujetando un simple y mustio ramillete de flores.

–Ahora verás, gordo seboso. Te voy a dar tu merecido por entrometerte en nuestro plan. Sólo teníamos que meter un poco de miedo en algunos cuerpos y esta casa sería nuestra para siempre. No pueden echarnos de aquí, es nuestro hogar.

Justo cuando la anciana iba a realizar su ataque final, Gervaux agitó con fuerza las flores hacia el rostro de la mujer, haciendo que el polen le provocase una pequeña reacción alérgica. Cuando la mujer se detuvo para estornudar, el agente aprovechó la situación para arrebatarle su arma y dejarla inconsciente de un poderoso sartenazo. Luego se acercó a su jefe y le sacudió un poco para quitarle el mareo, mientras señalaba la puerta que conducía al exterior de la mansión.

–Rápido jefe, o el anciano se nos escapará.

Gervaux y Gascón corrieron a toda prisa, y al salir del caserón pudieron comprobar con sorpresa como el viejo encargado huía rápidamente con una velocidad superior a la de los agentes. ¡Pues el muy pillastre se había subido a un cochecito a motor para personas mayores!

–¡Adiós, idiotas! –el anciano agitó un brazo en señal de irónica despedida–. Nunca me cogereís, ¡ja, ja, ja!

–Tiene razón, jefe, no corremos tanto como él. Se nos ha escapado, ahora que estábamos tan cerca –Gervaux se paró, cansado de correr.

–Ánimo, Gervaux, la suerte está de nuestra parte. Mire ese gran barril de vino, ayúdeme a tumbarlo y lo lanzaremos colina abajo sobre el vehículo de ese bribón.

Dicho y hecho, Gascón y su ayudante colocaron el barril tumbado y lo hicieron rodar unos metros, hasta que la pendiente de la colina donde estaba ubicada Maison le Châteaux hizo el resto del trabajo. El barril fue tomando velocidad hasta aproximarse rápidamente al anciano motorizado, el cual ni siquiera se había percatado de la inminente colisión pues ya se creía a salvo de aquellos policías incompetentes.

–Esto, jefe... –dijo Gervaux al percatarse en aquel momento de una cosa.

–¿Si, Gervaux?

–¿Se ha dado cuenta de que la sustancia que sale del barril no parece vino?

–¡Oh, mon dieu! –exclamó el inspector al darse cuenta.

Pero ya era demasiado tarde para hacer nada. Cuando el enorme tonel impactó sobre el vehículo fugitivo, en lugar de simplemente derribar a su piloto lo que hizo fue detonar con un estruendo ensordecedor, a la vez que una bola de fuego hacía su aparición y arrasaba toda la zona. Algo salió volando por los aires envuelto en incandescentes llamas, aterrizando cerca de los dos agentes con un tremendo crujido de metal aplastado. Eran los restos del vehículo del anciano mayordomo.

–¿Gervaux? –preguntó el inspector Gascón, retrocediendo lentamente.

–¿Sí, inspector?

–¿No cree que sería hora de irse ya?

–Pues ya que lo dice, si que es tarde... ¡Inspector, espéreme!

Cuando Gervaux se dio la vuelta, el inspector Jean Pierre Gascón ya estaba corriendo hacia donde tenían aparcado el coche con la intención de huir del lugar de los hechos, seguido de cerca por su inefable ayudante Gervaux Chinchón.

Al día siguiente, la policía examinó minuciosamente la mansión, encontrando el pasadizo secreto de Maison le Châteaux, y los mecanismos ocultos encargados de crear la tétrica atmósfera de terror del sótano. Una maraña de cables, una calabaza llena de luces de colores recubierta de una capa de pintura fluorescente, y unos altavoces unidos con cables a un radiocasete habían servido para crear el misterio de la calabaza parlante. Y ahora que el caso había sido resuelto, Gascón y Gervaux recorrerían juntos el camino de la aventura hasta tropezar con un nuevo misterio que resolver.

Si es que antes no arrasaban completamente París en alguna de sus locas peripecias, por supuesto.

FIN